

El castillo de Lesley



Un novela epistolar inacabada

AL CABALLERO HENRY THOMAS AUSTEN

Señor:

Me tomo la libertad, con la que a menudo me ha honrado de dedicarle una de mis novelas. Me apena que esté inacabada aunque me temo que, tratándose de mí, siempre será así; el hecho que hasta donde ha llegado pueda resultar demasiado trivial e indigna de usted es otra de las preocupaciones de su humilde y agradecida servidora

La autora.

Los señores empleados de Demanda y Cía: tengan a bien pagar a Jane Austen, soltera, la cantidad de cien guineas a cuenta de su humilde servidor

H. T. Austen

CARTA PRIMERA DE LA SEÑORITA MARGARET
Y A LA SEÑORITA CHARLOTTE LUTTERELL.

Lesley Castle, a 3 de enero de 1792

Mi hermano acaba de dejarnos. “Matilda (dijo cuando se despedía), estoy seguro de que tú y Margaret le daréis a mi hija pequeña todo el cuidado que debería haber recibido de una madre indulgente, cariñosa y amable”. Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras pronunciaba estas palabras: el recuerdo de aquella que había deshonrado tan gratuitamente el carácter maternal y violado tan abiertamente los deberes conyugales le impidió añadir nada más; abrazó a su dulce hija y, tras despedirse de Matilda y de mí, se separó de nosotras apresuradamente, se sentó en su carroza y prosiguió camino de Aberdeen. ¡Nunca existió un muchacho mejor! ¡Ah! ¡Qué poco se merecía las desgracias que sufrió en el matrimonio! ¡Un marido tan bueno para tan mala esposa! Ya sabes, mi querida Charlotte, que la despreciable Louisa le abandonó a él, a su hija y su reputación hace unas semanas, en compañía de Danvers y del señor Deshonor¹. ¡Nunca existió cara más dulce, figura más elegante ni corazón menos afable que los que Louisa poseía! Su hija ya tiene los

1 Caballero Canalla Deshonor.

encantos personales de su infeliz madre. ¡Más valdría que heredase de su padre los mentales! Actualmente Lesley tiene tan sólo veinticinco años y ya se ha abandonado a la melancolía y a la desesperación; ¡qué diferencia entre él y su padre! Sir George tiene cincuenta y siete y todavía continúa siendo el pretendiente, el frívolo mozalbete, el chaval alegre, el enérgico jovencito al que tanto se parecía su hijo hace cinco años, y como se ha presentado a sí mismo *siempre* que yo recuerde. Mientras nuestro padre está revoloteando por las calles de Londres, alegre, relajado e irreflexivo a la edad de cincuenta y siete años, Matilda y yo seguimos separadas de la humanidad en nuestro viejo y decadente castillo, el cual se encuentra situado a dos millas de Perth, en una firme roca que se alza dominante sobre una amplia vista de la ciudad y sus encantadores alrededores. Pero, aunque retiradas de prácticamente del mundo (ya que no visitamos más que a los M'Leods, los M'Kenzies, los M'Phersons, los M'Cartneys, los M'Donalds, los M'kinnons, los M'lellans, los M'kays, los Macbeths y los Macduffs), no nos encontramos aburridas ni infelices; al contrario, nunca hubo dos chicas más vivas, más agradables o más ingeniosas que nosotras; ni una sola hora al día queda pesadamente suspendida en nuestras manos. Leemos, trabajamos, paseamos y, cuando estamos fatigadas de estas tareas, aliviarnos nuestras almas con una canción animada, con un baile grácil o con

algunos comentarios agudos y réplicas ingeniosas. Somos guapas, mi querida Charlotte, mucho, y la mayor de nuestras perfecciones es que nosotras mismas nos quedamos completamente impasibles ante ellas. Pero entonces, ¿por qué insisto en hablar de mí? Déjame mejor volver a los elogios de nuestra querida sobrinita, la inocente Louisa, la cual en este momento está sonriendo encantadoramente en un dulce sueñecito mientras descansa en el sofá. La amada criatura acaba de cumplir dos años y es tan guapa como se es a los veintidós, tan sensata como a los treinta y dos, y tan prudente como a los cuarenta y dos. Para convencerte de esto te informaré de que tiene una piel finísima y rasgos muy bonitos, que ya se sabe las dos primeras letras del alfabeto y que nunca desgarrar sus vestidos. Si aún no te he convencido de su belleza, juicio y prudencia, no tengo nada más que declarar para respaldar mi afirmación, y por tanto no tendrás otra forma de resolver el asunto que viniendo a Lesley Castle y, tras conocer personalmente a Louisa, decidir por ti misma. ¡Ah! Mi querida amiga, ¡qué feliz me haría verte dentro de estas venerables paredes! Hace ahora cuatro años desde que mi marcha de la escuela me separó de ti; el hecho de que dos corazones tan bondadosos, tan estrechamente unidos por los lazos de la comprensión y de la amistad tuvieran que ser tan lejanamente distanciados el uno del otro es algo de lo más conmovedor. Yo vivo en Perthshire, tú en Sussex.

Podríamos reunirnos en Londres, si mi padre estuviese dispuesto a llevarme y tu madre estuviera allí al mismo tiempo. Podríamos encontrarnos en Bath, en Tunbridge; es más, en cualquier otro sitio, simplemente por estar juntas en el mismo lugar. Sólo nos queda esperar que ese momento pueda llegar. Mi padre no regresará hasta el otoño, mi hermano se irá de Escocia en pocos días: está impaciente por viajar. ¡Juventud equivocada! Se convence en vano de que un cambio de aires curará las heridas de un corazón roto. Estoy segura, mi querida Charlotte, de que te unirás a mí en las oraciones por la recuperación de la tranquilidad de espíritu del infeliz Lesley, la cual será siempre imprescindible para la de tu sincera amiga

M. Lesley

CARTA SEGUNDA EN RESPUESTA DE LA SEÑORITA
C. LUTTERELL A LA SEÑORITA M. LESLEY

Glenford, a 12 de febrero

Te pido mil disculpas por haberme retrasado tanto en darte las gracias, mi querida Peggy, por tu amable carta, lo cual, créeme, no habría aplazado si cada segundo de mi tiempo de estas últimas cin-

co semanas no hubiese estado tan completamente ocupado por los arreglos necesarios para la boda de mi hermana como para no dejarme tiempo que dedicarte a ti ni a mí misma. Y ahora lo que más me irrita de todo es que el matrimonio se ha roto y todo mi trabajo se ha echado a perder. Imagínate qué decepción más grande debe de ser para mí el caer en la cuenta de que, tras haber trabajado día y noche para tener preparada la cena de boda a tiempo, tras haber asado suficiente carne de ternera, emparrillado cordero y estofado suficiente caldo como para que les dure a los recién casados toda la luna de miel, me encuentro con la humillación de haber estado asando, emparrillando y estofando la carne y a mí misma para nada. De hecho, mi querida amiga, no recuerdo haber sufrido nunca una ofensa igual que la que sufrí el lunes pasado cuando mi hermana vino corriendo a buscarme a la despensa con la cara tan blanca como la nata montada y me dijo que Henry se había caído del caballo, fracturado el cráneo y, según dijo su cirujano, se encontraba en el más grave peligro. “¡Dios mío! (dije yo) ¿Lo dices en serio? ¿Por qué? En nombre del cielo, ¿qué pasará con todas las viandas? No nos dará tiempo a comerlas mientras estén en buen estado. En todo caso, llamaremos al médico para que nos ayude. Debería ser capaz de arreglármelas con el solomillo yo sola, mi madre se comerá el caldo y el doctor y tú os acabáis el resto”. En este momento me callé, al ver a mi po-

bre hermana caer como sin vida sobre una de las cómodas en las que guardamos nuestra mantelería. Llamé inmediatamente a mi madre y a las criadas y al final conseguimos que volviese en sí; tan pronto como recuperó la conciencia, mostró la determinación de ir, en seguida, a buscar a Henry, y estaba tan absolutamente empeñada en esta idea, que el impedir que la llevase a cabo nos resultó la tarea más difícil del mundo; sin embargo, más a base de fuerza que de súplicas, finalmente la convencimos para que fuese a su habitación; la acostamos en la cama donde continuó durante unas horas sufriendo las más espantosas convulsiones. Mi madre y yo nos quedamos en la habitación con ella y, cuando algún momento de tolerable calma por parte de Eloisa nos lo permitía, nos uníamos en sinceros lamentos por el atroz derroche de nuestras provisiones que este suceso ocasionaría, y elaborábamos algún plan para deshacernos de ellas. Estábamos de acuerdo en que lo mejor que podíamos hacer era empezar a comérselas inmediatamente y, por consiguiente, ordenamos que subieran el jamón frío y la carne de ave y al instante iniciamos, con gran entusiasmo, nuestro *plan devorador*. Habríamos intentado convencer a Louisa de que tomase una alita de pollo, pero no se hubiera dejado persuadir. No obstante, estaba mucho más tranquila de lo que lo había estado antes: las convulsiones que había sufrido habían dado paso a una inconsciencia casi perfecta. Procuramos desper-

tarla por todos los medios de que disponíamos, pero fue en vano. Le hablé de Henry. “Querida Eloisa (le dije), no hay motivo para que llores tanto por una nimiedad como ésta (estaba dispuesta a bromear con el tema a fin de consolarla). Te pediría que no te preocupases. Como ves, a mí no me molesta en absoluto, aunque, después de todo, puede que yo sea quien más sufra por ello, ya que no sólo tengo que comerme todas los platos que ya he aliñado, sino que si Henry se recupera (lo que, en cualquier caso, no es demasiado probable) tendré que aliñar la misma cantidad de nuevo; o si muere (como imagino que ocurrirá), aún tendré que prepararte otra cena cuando te cases con algún otro. Ya ves que, aunque quizá ahora te aflija el pensar en el sufrimiento de Henry, tal vez muera pronto, y de ese modo se acabará su dolor y tú estarás tranquila, mientras que mi problema durará mucho más, ya que, aunque trabaje lo más duro que pueda, estoy segura de que la despensa no se vaciará en menos de dos semanas”. De esta manera hice todo lo que estaba en mi mano para consolarla, aunque sin ningún resultado, y cuando al final vi que no parecía escucharme, me callé, y, dejándola a solas con mi madre, me bajé los restos del jamón y el pollo y mandé a William a preguntar qué tal estaba Henry. No esperaban que viviese muchas más horas; murió ese mismo día. Pusimos todo el cuidado que pudimos para suavizarle el triste suceso a Eloisa pero, a pesar de las precauciones, el

dolor que le produjo la noticia fue demasiado intenso para su buen juicio y siguió durante varias horas sumida en un fuerte delirio. Todavía se encuentra muy enferma y sus médicos temen mucho que sufra un empeoramiento. Por eso nos estamos preparando para irnos a Bristol, donde se supone que estaremos a lo largo de la próxima semana. Y ahora, mi querida Margaret, déjame hablarte un poco de tus asuntos; en primer lugar, debo decirte que he sido informada confidencialmente de esto: tu padre va a casarse; me siento poco inclinada a creer un rumor tan desagradable, y a su vez no puedo desmentirlo por completo. He escrito para mayor información sobre el asunto a mi amiga Susan Fitzgerald, quien, al encontrarse actualmente en la ciudad, podrá dárme la con seguridad. No sé quién es la dama. Creo que la resolución de viajar que ha tomado tu hermano es extremadamente acertada, ya que tal vez pueda contribuir a borrar aquellos desagradables sucesos que tanto le han afligido últimamente.

Me alegra descubrir que, aunque apartadas del mundo, Matilda y tú no estáis aburridas ni infelices; que nunca descubras lo que es estarlo es el deseo de tu sinceramente afectuosa

C.L.

P.D. Acabo de recibir en este instante la respuesta de mi amiga Susan, la cual te adjunto, y de la que sacarás tus propias conclusiones.

LA CARTA ADJUNTA

Mi querida Charlotte:

No podías haber solicitado a nadie mejor que a mí información acerca del rumor del matrimonio de Sir George Lesley. Sir George está efectivamente casado; yo misma estuve presente en la ceremonia, lo cual no te sorprenderá, al firmar esta carta como tu afectuosa

Susan Lesley

CARTA TERCERA DE LA SEÑORITA MARGARET LESLEY A LA SEÑORITA C. LUTTERELL

Lesley Castle, a 16 de febrero

Saqué mis *propias* conclusiones acerca de la carta que me adjuntaste, mi querida Charlotte, y ahora te diré cuáles fueron. Razoné que si mediante este segundo matrimonio Sir George tuviese una segunda familia, nuestra fortuna se vería considerablemente disminuida; si su mujer fuese de natural derrochadora, le animaría a perseverar en ese alegre y disipado modo de vida, para lo cual no necesitaría demasiado apoyo, me temo, pues ya ha demostrado no ser sino demasiado perjudicial para su salud y su fortuna; que ella pasaría a ser ahora dueña de aquellas joyas que una vez adornaron a nuestra madre y

que Sir George nos había prometido desde siempre; que si ellos no vinieran a Perthshire, no podría satisfacer la curiosidad que me producía el contemplar a mi madrastra, y que si lo hacían, Matilda no volvería a sentarse a la cabeza de la mesa de su padre.

Éstas eran, mi querida Charlotte, las melancólicas reflexiones que se agolpaban en la imaginación tras examinar concienzudamente la carta que te envió Susan; las mismas que se le ocurrieron a su vez a Matilda al instante de haberla examinado ella. Las mismas ideas, los mismos miedos le ocuparon inmediatamente la mente, y no sé cuál de ellas la angustió más: si la probable disminución de nuestra fortuna o su propia distinción. Ambas ardemos en deseos de saber si lady Lesley es guapa y qué opinión te merece; dado que la honras con el apelativo de amiga, nos complace pensar que debe de ser amable.

Mi hermano ya está en París. Tiene la intención de irse de allí en unos pocos días y de ponerse en ruta hacia Italia. Escribe en un tono más alegre, dice que el aire de Francia le ha hecho recuperar la salud y el ánimo; que ha dejado completamente de pensar en Louisa en todos los sentidos, tanto con lástima como con afecto, y que incluso se siente agradecido por su fuga, ya que encuentra muy divertido el ser soltero de nuevo. Puedes imaginar por ello que ha recobrado por completo esa graciosa alegría, ese enérgico ingenio que en su día hacían de él un ser tan extraordinario. Cuando conoció a Louisa por

primera vez, hace poco más de tres años, era uno de los muchachos más despiertos y agradables de su edad. Pero creo que nunca llegaste a oír los detalles de su primer encuentro con ella. Comenzó en la casa de Cumberland de nuestro primo, el coronel Drummond, donde pasaba las Navidades y donde cumplió los veintidós. Louisa Burton era hija de un pariente lejano de la señora Drummond, quien, habiendo muerto pocos meses antes en extrema pobreza, dejó a su única hija, que en ese momento tenía unos dieciocho años, bajo la custodia de cualquier familiar que quisiera ocuparse de ella. La señora Drummond fue la única que se mostró dispuesta. Así pues, Louisa fue alejada de una miserable casa de campo en Yorkshire y llevada a una elegante mansión de Cumberland, y pasó de la angustia pecuniaria que la pobreza podía ocasionar a todo el elegante entretenimiento que el dinero podía comprar.

Louisa era malhumorada y astuta por naturaleza; pero su padre le enseñó a disfrazar su verdadero temperamento bajo la apariencia de una insinuante dulzura, siendo éste muy consciente de que sólo si se casaba tendría oportunidad de no pasar hambre; él se congratulaba pensando que con esa mezcla de belleza personal junto con unos modales delicados y un agradable discurso, podría colocarse en posición de gustarle a algún joven que pudiera permitirse casarse con una chica que no tuviera ni un chelín. Louisa participó a la perfección en los planes

de su padre y resolvió seguirlos con toda atención y esmero. A fuerza de perseverancia y dedicación, finalmente había disfrazado tan perfectamente su temperamento innato bajo la máscara de la inocencia y la dulzura como para imponerlo a cualquiera que no hubiera descubierto su verdadero carácter mediante una larga y constante relación íntima con ella. Así era Louisa, cuando el desventurado Lesley la contempló por vez primera en la casa de Drummond. Su corazón, que era (usando tu comparación favorita) tan delicado, dulce y suave como la nata montada, no pudo resistirse a sus encantos. En muy pocos días ya se estaba enamorando; de hecho, poco después se enamoró y, antes de que pasase un mes de haberla conocido, ya se había casado con ella. Al principio, mi padre se sentía tremendamente disgustado ante esa unión tan precipitada e imprudente; pero cuando se dio cuenta de que no les importaba en absoluto, pronto se reconcilió con el matrimonio. La finca que mi hermano posee cerca de Aberdeen, que recibió como recompensa de su tío abuelo (independiente de la de Sir George), era más que suficiente para mantenerles a él y a mi hermana desahogados y con holgura. Durante los primeros doce meses, nadie podía haber sido más feliz que Lesley, y nadie aparentemente más amable que Louisa, que actuaba de un modo tan verosímil, y se comportaba tan prudentemente que, aunque Matilda y yo a menudo pasábamos varias semanas

con ellos, ninguna de las dos sospechábamos nada acerca de su verdadero temperamento. Sin embargo, tras el nacimiento de Louisa, el cual uno podría haber pensado que habría intensificado su respeto por Lesley, la máscara que tanto tiempo había mantenido fue gradualmente apartándose, y, como probablemente se sentía segura del afecto de su marido (que de hecho parecía haber aumentado, si eso fuera posible, tras el nacimiento de su hija), no aparentaba hacer esfuerzos para evitar que ese afecto disminuyera cada vez más. De este modo, nuestras visitas a Dunbeath eran menos frecuentes y, con mucho, menos agradables de lo que solían ser. Nuestra ausencia nunca fue, sin embargo, mencionada o lamentada por Louisa, quien se sentía infinitamente más feliz en compañía del joven Danvers, al que conoció en Aberdeen (él estudiaba en una universidad de allí) que en compañía de Matilda y de tu amiga, aunque en verdad nunca hubo chicas más agradables que nosotras. Ya conoces el triste final de la felicidad conyugal del matrimonio Lesley; no voy a insistir. Adiós, mi querida Charlotte; aunque aún no he mencionado nada sobre el asunto, espero que al menos te creas que pienso y siento *mucho* el dolor de tu hermana. No tengo ninguna duda de que el aire puro de las colinas de Bristol lo eliminarán por completo, borrando de su mente el recuerdo de Henry. Tuya siempre, mi querida Charlotte,

M.L.

CARTA CUARTA DE LA SEÑORITA C.
LUTTERELL A LA SEÑORITA M. LESLEY

Bristol, a 27 de febrero.

Mi querida Peggy:

Acabo de recibir tu carta; al haberla mandado tú a Sussex y encontrarme yo en Bristol, han tenido que reenviármela y, debido a un inexplicable retraso, acaba de llegarme en este mismo instante. Te doy las gracias por el relato que contiene sobre el primer encuentro, el amor y el matrimonio de Lesley y Louisa, lo cual no me ha entretenido menos pese a haberseme relatado varias veces con anterioridad.

Tengo la satisfacción de informarte de que hay motivos para creer que la despensa está, a estas alturas, prácticamente vacía, ya que dimos a los sirvientes órdenes específicas de comer todo lo que pudieran y de llamar a un par de asistentes para que les ayudasen. Nosotras nos llevamos un pastel de pichón, un pavo frío, una lengua fría, y media docena de gelatinas, de lo que afortunadamente nos deshicimos en menos de dos días desde que llegamos, con la ayuda de nuestra casera, su marido y sus tres hijos. La pobre Eloisa está aún tan mal de salud y de ánimo que mucho me temo que el aire de Bristol, por saludable que sea, no haya sido capaz de hacer salir a Henry de su recuerdo.

Me preguntas si tu nueva madrastra es guapa y agradable: te daré ahora una descripción exhaustiva de sus encantos físicos y mentales. Es pequeña y extremadamente bien hecha; es de natural pálida, pero se echa mucho colorete; tiene unos ojos y dientes delicados, como se cuidará de hacerte saber en cuanto te vea, y en conjunto es muy bonita. Tiene un humor extraordinariamente bueno cuando se sale con la suya, y es muy alegre cuando no está de malas. Es derrochadora por naturaleza y no muy emotiva; no lee nada salvo las cartas que recibe de mí, y nunca escribe nada salvo las respuestas. Toca el piano, canta y baila, pero no tiene gusto para ello, ni sobresale en ninguna de las tres cosas, aunque dice que le gustan apasionadamente. Quizá me halagues sorprendiéndote de que alguien de quien hablo con tan poco cariño pueda ser mi amiga especial; pero, si te digo la verdad, nuestra amistad surgió más de un capricho por su parte que de una estima por la mía. Pasamos juntas dos o tres días en Berkshire, con una dama con la que las dos resultamos estar emparentadas. Durante nuestra visita, debido a un tiempo extraordinariamente malo y a un grupo de gente especialmente estúpida, fue tan buena como para sentir una intensa debilidad por mí, la cual muy pronto cuajó en una franca amistad y acabó en una sólida correspondencia. Probablemente a estas alturas ella está tan cansada de mí como yo lo estoy de ella, pero como ella es demasiado educada

y yo demasiado cortés para decirlo, nuestras cartas todavía son tan frecuentes y afectuosas como siempre, y nuestro apego, tan firme y sincero como al principio. Con lo que le gustan los placeres de Londres y de Brighthelmstone, seguramente encuentre muy difícil el persuadirse de la curiosidad que le pueda producir el conocerte, incluso a costa de dejar aquellos lugares favoritos de disipación por la melancólica —aunque venerable— penumbra del castillo que habitas. Sin embargo, si encuentra su salud dañada a causa de demasiada diversión, quizás adquiera la suficiente fortaleza para emprender un viaje a Escocia con la esperanza de que éste resulte ser al menos beneficioso para su salud, si no propicio para su felicidad. Siento decir que creo que tus miedos acerca del carácter derrochador de tu padre, de tu propia fortuna, de las joyas de tu madre y de las consecuencias para tu hermana no están sino completamente fundamentados. Mi amiga tiene cuatro mil libras, y probablemente gaste al año aproximadamente la misma cantidad en ropa y lugares públicos, si puede conseguirlo. Seguramente no se atreverá a reprocharle a Sir George la manera de vivir a la que tanto tiempo ha estado acostumbrado; y, por tanto, hay razones para pensar que vivirás muy acomodada si es que logras que te llegue algo de dinero. Imagino que las joyas también serán indudablemente tuyas, y tiene lógica el pensar que presidirá la mesa de su marido antes que la hija de

él. Pero dado que un tema tan delicado como éste ha de angustiarte necesariamente, no insistiré más.

La indisposición de Eloisa nos ha llevado a Bristol en una época del año tan poco común, que desde que vinimos sólo hemos visto a una familia distinguida. El señor y la señora Marlowe son una gente muy agradable; la mala salud de su hijo fue lo que ocasionó su llegada aquí; puedes imaginar que, al ser la única familia con la que podemos conversar, nos encontramos en un estado de estrecha y recíproca intimidad con ellos; de hecho, los vemos casi todos los días, y ayer cenamos con ellos. Pasamos un día muy agradable y cenamos realmente bien aunque, a decir verdad, la ternera estaba terriblemente cruda y el curry no estaba condimentado. Durante el tiempo que duró la cena no pude evitar desear haber estado presente en el momento de aliñarlo. Un hermano del señor Marlowe, el señor Cleveland, está ahora con ellos; es un joven guapo y parece tener mucho que decir. Yo le digo a Eloisa que debería echarle el lazo, pero no parece gustarle nada la propuesta. Me gustaría ver a la chica casada, y Cleveland tiene un patrimonio buenísimo. Quizá te extrañe que *no* me tenga en cuenta a mí misma del mismo modo que tengo en cuenta a mi hermana para mis proyectos matrimoniales; pero si te digo la verdad, nunca he deseado tener un papel más protagonista en una boda que el de supervisar y dirigir la cena; y por eso, mientras tenga algún conocido que

se case por mí, nunca pensaré en casarme yo misma, ya que, sospecho, no tendría tanto tiempo para alinear mi propia cena de boda como tengo para alinear las de mis amigos. Sinceramente tuya,

C.L.

CARTA QUINTA DE LA SEÑORITA MARGARET
LESLEY A LA SEÑORITA CHARLOTTE LUTTERELL

Lesley Castle, a 18 de marzo.

El mismo día en que recibí tu última y amable carta, Matilda recibió una de Sir George, fechada en Edimburgo y en la que nos informaba de que sería él quien tendría el placer de presentarnos a Lady Lesley a la noche siguiente. Esto, como supondrás, nos sorprendió considerablemente, debido, especialmente, a que tu relato acerca de la dama nos dio razones para creer que había pocas posibilidades de que visitara Escocia en un momento en el que Londres debía de ser tan divertido. Sin embargo, como era nuestro deber estar encantadas ante una señal de condescendencia como era la visita de Sir George y Lady Lesley, nos preparábamos para corresponder con una respuesta que expresase la felicidad que experimentábamos ante la expectativa de tal bendición, cuando, afortunadamente, nos acordamos de que, como iban a llegar al castillo la no-

che siguiente, a mi padre le sería imposible recibirla antes de irse de Edimburgo, y nos contentamos con dejarles que se imaginasen que éramos tan felices como se esperaba que lo fuésemos. Llegaron a las nueve de la noche del día siguiente, acompañados por uno de los hermanos de Lady Lesley. La dama se corresponde a la perfección con la descripción que me mandaste de ella, excepto en que a mí no me resulta tan bonita como tú parece considerarla. No tiene una cara fea, pero hay algo tan poco majestuoso en su minúscula figura, que hace que parezca un enano insignificante si se la compara con la elegante estatura que tenemos Matilda y yo. Habiendo ahora satisfecho completamente su curiosidad por vernos (la cual debe haber sido inmensa para haber hecho más de cuatrocientas millas), ya empieza a mencionar su vuelta a la ciudad, y nos ha pedido que la acompañemos. No podemos rechazar su petición, puesto que está *secundada* por las órdenes de nuestro padre, y *terciada* por las súplicas del señor Fitzgerald, el cual es ciertamente uno de los jóvenes más agradables que he visto nunca. Aún no se ha decidido cuándo nos iremos, pero cuando quiera que sea, está claro que tendremos que llevar a nuestra pequeña Louisa con nosotros. Adiós, mi querida Charlotte, Matilda se une a los mejores deseos, para ti y Eloisa, de la siempre tuya,

M.L.